

Leonora Reyes Jedlicki

La escuela en nuestras manos, Las experiencias educativas de la Asociación General de Profesores y la Federación Obrera de Chile (1931-1932)

Santiago, Editorial Quimantú, Colección Aprobar, Serie Atizar y Colectivo Diatriba, 2014 (no registra ISBN)

No tanto como se desearía, está avanzando la historiografía de la educación chilena en el último lustro. El libro que se reseña, entre otras virtudes, hace un interesante arqueo de trabajos antiguos y recientes en este campo, lo que me ahorra referencias que fundamenten mi moderado optimismo al respecto.

Teniendo como base capítulos de su tesis doctoral¹, Leonora Reyes profundiza su inicial aporte al campo del conocimiento sobre el pasado y presente de la educación. La obra que se reseña se mueve en dos planos: por una parte, una rotunda toma de posición respecto a la educación y la sociedad de hoy, y por otra, un aporte bienvenido a la visualización de actores, momentos y procesos poco explorados de la educación del siglo pasado.

En el primer plano, la autora expone su voluntad política, explicitada largamente en la introducción y en las conclusiones del libro. Como lo adelanta su título, el segundo plano, propiamente historiográfico, se refiere principalmente a dos casos de movimientos y doctrinas que desafiaron el ordenamiento social y educacional de la tercera década del mil novecientos. El juego entre ambos planos es legítimo y honestamente explicitado. Pero es sanamente debatible.

En efecto, Leonora Reyes comienza explicitando una visión: “Chile, una historia de movilizaciones por la educación”, crítica de una construcción institucional desde arriba, mediante complejas decisiones de los grupos de poder, mientras que prácticas, propuestas y discursos pedagógicos gestados en la sociedad civil han quedado ocultos. No tanto por obra de la fuerza fáctica, como mediante “negociaciones cruzadas por intensos conflictos e intentos de reconstruir un control hegemónico”. En otras palabras, invisibilizadas bajo el paradigma del “consenso educativo”(p. 17). El ejemplo más reciente de “camino tortuosos” sería la Ley General de Educación, de 2009. Por su parte, las luchas y demandas estudiantiles iniciadas en 2001 y sostenidas hasta hoy serían las expresiones hoy visibles de la capacidad de las comunidades para cambiar la educación. Esta dialéctica lleva a la autora a encontrar otros símiles en el pasado de la república. Todo ello, para cumplir el propósito declarado de “evidenciar cuestiones estratégicas relacionadas con las movilizaciones de esta década” (p. 32).

Siempre en afán introductorio, la autora alude a diversas corrientes intelectuales que, en distintos momentos, habrían ido más allá del enfoque institucional de la educación hasta acercarse a la Nueva Historia Social. Este paradigma, aplicado al campo socio-educacional, la mueve a dar “visibilidad a lo que permanece más sombrío en la trayectoria de una crisis educativa, los planteamientos, las reflexiones, la producción y proyección de prácticas y

¹ Reyes, Leonora (2005), *Movimientos de Educadores y construcción de política educacional en Chile (1921-1932 y 1977-1994)*. Tesis de Doctorado en Historia, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades.

propuestas educativas desde el quehacer del movimiento social...[para] ir tejiendo, día a día, junto a nuestros colectivos, y en forma auto-determinada, un proyecto educativo que devuelva a los pueblos su capacidad de transformar y determinar sus propios proyectos educativos” (p. 37).

En el plano más convencionalmente historiográfico, Leonora Reyes avanza en el conocimiento de dos casos de movimientos y propuestas: la reforma integral de la educación pública de la Asociación General de Profesores y las “escuelas racionalistas federadas”, de la Federación Obrera de Chile, FOCH.

El examen del primer caso parte con una mirada a la crisis del modelo oligárquico en la educación, en el paso del siglo XIX al XX, y su reemplazo por el Estado Docente, proceso que ha sido objeto de diversas interpretaciones a las que se añade la de Leonora Reyes: un juego entre sectores de la elite a través de “pactos educacionales” que hay que entender más como imágenes que como hechos formalizados. El mayor aporte del libro al conocimiento de este período, a mi juicio, no está en la identificación de los demonizados pactos o consensos, sino en el análisis de un conflicto suscitado por la irrupción del movimiento de los preceptores primarios organizados en la Asociación General de Profesores. Se evocan su reacción frente al Estado Docente y a la Ley de Educación Primaria de 1920 y en especial, coyunturas como su participación en comicios populares y paros en 1924 y 1925, una audiencia concedida por el presidente Alessandri a los dirigentes de la Asociación y las consiguientes represiones oficiales. Pero el mayor interés y aporte del libro están en la documentada caracterización de la “subversividad” de la Asociación, como feminista, a-partidista, “a-patriota” y solidaria con otros movimientos sociales. También, en su apropiación “localista” de las ideas de la Escuela Nueva.

El análisis del caso concluye con el reconocimiento que la subversiva Asociación de Profesores “pactó” con el dictador Ibáñez, logrando que buena parte de su proyecto fuera cooptado en forma del significativo Decreto 7.500, de diciembre de 1927, y materializado en un fugaz intento de “reforma integral” de la educación durante nueve meses de 1928.

El segundo caso implica a la muy estudiada Federación Obrera de Chile, pero más específicamente a la poco conocida iniciativa de impulsar la creación de alternativos espacios educacionales para los niños: las “escuelas racionalistas” que la autora documenta adecuadamente. Previamente, la autora sigue la hebra de diversas propuestas e iniciativas de educación popular de inspiración católica o laico-liberales, que anteceden a la alternativa de escolarización infantil de la FOCH. Esta última organización, junto con promover la formación clasista de los obreros, levantó un puñado de alternativas escuelas primarias de carácter “racionalista”, inspiradas en la pedagogía anarco-libertaria del español Francisco Ferrer Guardia. Así, el libro de Leonora Reyes enriquece el saber sobre la educación escolar de la época y también el referido al viejo movimiento obrero chileno.

Finalmente, cabe una pregunta ¿Por qué no considerar también a otro actor de la misma época, la Federación de Estudiantes de Chile, FECH, para completar el parangón entre procesos de antaño y hogaño? Sería muy evocativo el estudio de los procesos de generación, fortalecimiento y ocaso de otros movimientos sociales del tipo de los que hoy campean.

IVÁN NÚÑEZ PRIETO
Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación, PIIE.
Premio Nacional de Educación 2015